

entrañable en pagar un tributo de gratitud á la fuerza celestial que las dictaba.

No hay que dudarlo: el dedo de Dios selló la época en que brillaron nuestros primeros apóstoles. Su historia es un poema, pero un poema en que la realidad hace las veces de ficción; un poema en que los héroes se presentan revestidos de una naturaleza escepcional y animados de un espíritu angélico. El libro de su vida es el libro de la inmortalidad. Nosotros hemos recorrido sus páginas de oro: ¡qué torrente de luz! ¡cuánto amor! ¡cuánta enseñanza! ¡qué modelos tan acabados de desprendimiento y noble desinterés! . . . ¡Y quién ha podido hacer olvidar acciones tan meritorias! ¡qué mano fatal ha cubierto con un velo sombrío esas efigies gloriosas! ¡por qué todo lo humano decae y degenera! ¡qué maldición oculta pesa sobre las instituciones mas benéficas! ¡por qué la relajacion traidora se inocula en ellas y las carcome y disuelve como un humor corrosivo! ¡por qué se introduce insensiblemente el abuso como un reptil venenoso hasta en el sagrario de la virtud!

¡Almas leales! hombres de corazón limpio, que no podeis hallar solaz en un mundo donde todo es parodia y corrupcion, que apartais los ojos con tristeza de las sociedades degeneradas, que no veis en los institutos monásticos ni la sombra de lo que fueron, venid! Digamos á Dios al presente, y cruzando por entre las ruinas de los siglos, lleguemos á la infancia de una órden religiosa, embellecida por las armonías de la santidad y de la ciencia. Dejemos á la espalda el mundo de las tinieblas, y busquemos la esfera de la luz para embriagarnos en sus fulgores: el corazón que no descansa en los objetos que le rodean, se complace por instinto en divisar, aunque de lejos, el espectáculo del bien. Cuando el caminante se detiene cansado á orillas del río que serpea por el valle, y ve melancólico discurrir las turbias ondas que arrastran cadáveres vegetales, no puede menos de dirigir la vista hácia la vecina montaña de donde el agua procede, y con el pensamiento subir por su cance, entre bosques amenos, hasta llegar al manantial purísimo de que nació. Allí admira la cuna del río, esmaltada de flores que brindan su néctar á la mariposa, y escucha los himnos de las aves hospedadas en los árboles que forman un delicioso concierto, mientras ve pasar por entre las ramas la gallarda nube que camina en silencio por el firmamento azul.

XII.

EL ILLMO. SR. D. FRANCISCO NARANJO.

Pero avancemos algun tanto mas y coloquémonos en el siglo XVII. Ya en esta edad comienza la decadencia de la órden dominicana. Amortiguado el fervor primitivo, se iba infundiendo el espíritu del mundo en las costumbres de sus hijos, y á la estrecha observancia de la regla sucedia la vida meramente vegetativa de la celda, ó lo que es peor, la ingerencia en asuntos cortesanos y las controversias fútiles suscitadas por el espíritu de escuela. Caía en desuso la santa pobreza de los buenos tiempos, y se levantaba en su lugar el deseo de amontonar tesoros: ya no basta el pan de cada dia; han tomado cuerpo las necesidades, y mientras se apaga el amor de los bienes del cielo, enciéndese mas y mas el anhelo por los bienes inestables de fortuna. El estado de la comunidad, que representa las nuevas exigencias y el desahogo con que se cubrian, llamaba la atención: era el de la prosperidad material. Balbuena decia entusiasmado al observarla:

"Su templo, casa y su riqueza admira."

Pero en cambio, ¡cuán lejos estaba ya del objeto primario de su instituto! Los religiosos abandonaban las misiones para aglomerarse en los conventos de las capitales; la palabra eterna carecia ya de órganos en el desierto, donde los naturales reincidían en las abominaciones de su culto sanguinario, mientras los que antes desempeñaban aquel sagrado oficio hacían resonar los templos con sermones repulidos y amanerados, buenos para contentar el oído, pero que no arrancaban una lágrima.

Nuestra órden volvía la espalda á los indios y hacia las paces con los opresores; divorciábase de la caridad y estrechaba afectuosamente la mano de la inquisicion.

No obstante, solía aun brotar en la soledad del retiro algun nardo de regalada esencia. Dejemos por un momento el claustro de Santo Domingo y trasladémonos á la Universidad.

Un concurso numerosísimo se apiña á sus puertas. Alabar-

deros hacen la guardia. La gente pugna por entrar al patio, y se agita y arremolina con rumor sordo, como el agua contenida que se esfuerza en romper el dique.

—¡Fuera! ¡fuera! Ya no hay campo, exclama el centinela.

En efecto, el patio apenas puede contener la concurrencia, en que están representadas todas las clases, especialmente la de letrados y estudiantes. Todos conversan.

Puebla el ambiente un ruido confuso no interrumpido, como el que forma una arboleda conmovida por el aquilon. ¿De qué se trata?

Acerquémonos á aquel grupo situado junto al pedestal de una columna.

—¿Creerá su merced, señor licenciado, que ya voy perdiendo la paciencia?

—De verdad, que ya es mucha espera.

—Como su excelencia ya vendrá bien almorzado, se le dará un ardite que nosotros estemos con el estómago vacío: cierto que la necesidad me aqueja.

—¿Pues qué, asiste el señor virey?

—Así lo dicen.

—No lo crea vuesamerced: sobrado que hacer tiene en las casas reales.

—Diga mas bien en los conventos, con los refrescos y jamacas de las monjas.

—Y con los chismes de los capítulos de los frailes.

—Y con las nuevas de Filipinas.

—Y con el susto de que en la flota de España venga su sucesor.

—Y con los antojos de la escelentísima señora vireina.

—Vamos! vamos, señores, punto en boca! . . .

—Pero á todo esto, ¿asiste su excelencia?

—No.

—¿Y la real audiencia?

—Tampoco.

—Segun eso, el buen fraile no lucirá delante de lo mejor del reino.

—¿Friolera, pues nosotros! . . . ¿qué no valemos algo?

—Y la fiesta se quedará entre gente menuda.

—Y al pobre hombre de nada le valdrán sus afanes.

—Va á enfermarse de pesar.

—¿Tiene tal hipo de lucir!

—¡Silencio, mala canalla! sabed que el reverendo es un fraile humilde que no hace alarde en público de su saber sino por obediencia. Allá á los prelados las pullas.

—Y á vos, señor licenciado, ¿cuánto os paga el padre por patrocinarle?

No lejos de estas personas que tan caritativamente hablaban del prójimo, se pasean en reducido trecho dos colegiales, que muestran ser teólogos.

—Ninguna oposicion á cátedra de visperas ha estado mas concurrida.

—Estuvo aun mas la que hizo el mismo padre á la de prima. ¡Oh, eso fué sobresaliente! ¿cómo nos dejó á todos satisfechos el fraile!

—Su ciencia juzgan no adquirida, mas infusa.

—Así es la verdad. Si Escalígero le hubiera conocido, no se asombrara tanto del ingenio portentoso de Pico de la Mirándula, llamándole monstruo *sine vitio*, por haber propuesto defender novecientas conclusiones. Nuestro teólogo en esa ocasion estuvo dispuesto á sustentar tres veces mas.

—¿Tanto como eso!

—Figúrate que puesto ya en la cátedra, pidió se le asignasen puntos en toda la suma; y habiéndosele determinado, entre los que ofreció la suerte, el artículo 5º de la cuestion 71 de la *prima secunda*, dijo á la letra de memoria el artículo (que ya ves no es corto), y le comentó y esplicò *de verbo ad verbum*, y despues escitó sobre él ocho cuestiones, sobre que habló con admirable erudicion y magisterio por espacio de dos horas.

—Pues ya no es cosa!

—Y hubiera hablado mucho mas, á no haberle hecho señal la universal aclamacion del concurso, que atónito le cortó el hilo con esta sublime espresion: "Nunquam sic locutus est homo."

—Bien! bien! *jamás habló así ningun hombre.* ¡Bien dicho! muy merecido! . . . ¿Pero qué es aquello?

—Ya rienen los doctores!

—Con los padres dominicos: mira al opositor qué afable!

—Es un gran sugeto. Pero ¿á dónde vamos á dar si queremos entrar en el aula todos á un tiempo?

—Dí mas bien ¿cómo haremos para que quepa en ella tanta gente?

—¡Imposible! cabrá la mas principal y *laus Deo*.

—No obstante, vamos entrando.

—Ya que fuimos llamados, procuremos ser de los escogidos.

En este momento el gentío que se agolpaba á la entrada del general se abre formando calle para dejar paso á los doctores, á muchos seglares distinguidos, á las religiones y entre ellas á la de Santo Domingo, á quien pertenece el opositor. No bien acaban de entrar todos, cuando invaden de golpe el local y los asientos vacíos los colegiales y demas convidados y curiosos, produciendo en el entarimado una trápala descomunal.

Gran parte de los concurrentes que habia quedado sin asiento por estar ya ocupada toda la sillería, permanece en pié á la puerta formando un muro impenetrable, y con los semblantes vueltos á la cátedra. No lejos de esta se ven cuatro mesas con sus carpetas y recado de escribir, destinadas á otros tantos amanuenses.

Después de un momento de ruidos sordos y cuchicheos sigue un silencio general, quedando todos como petrificados en sus asientos ó en pié. Vese salir de entre los religiosos dominicos uno de fisonomía distinguida y modesto continente, que haciendo una ligera inclinacion ante los doctores, se encamina á la cátedra; mas antes de subir á ella pone sobre un bufete ciento cincuenta y cuatro tarjetas, en que están apuntadas las principales y mas difíciles materias que trata el maestro de las sentencias en sus cuatro libros, y pide se le asignen por eleccion ó por suerte cuatro de ellas, para esponerlas de palabra ó por escrito.

Un murmullo general en la concurrencia sigue á esta manifestacion.

Restablecido el silencio, los que presiden el acto asignan por suerte las materias, leyéndolas en voz alta, y resolviendo que el religioso las esponga de ambos modos.

Puesto en la cátedra implora de rodillas el divino auxilio, y saluda después al concurso con una oracion latina cuyo exordio son las palabras que del angélico doctor dice la Iglesia: "De rebus diversis angelus inter homines, quandoque tribus, interdum etiam quatuor amanuensibus seri benda dictabat."

Prosigue exponiendo los cuatro puntos, que siendo de materias sumamente diversas, unas de la teología escolástica y otras de la moral, las ordena y combina con tal artificio, que habla de

la primera, y sin violencia alguna en las transiciones pasa á la segunda y á las otras, volviendo después á continuar la primera, y siguiendo en las demas, de modo que en cada una habla como si fuese sola; y tanto en una como en otra, hasta que cumplida una hora, se le dice que dicte sobre las mismas materias á los cuatro amanuenses, que ya están prevenidos frente de la cátedra.

Crece la admiracion y la curiosidad en los circunstantes, especialmente en los que están en pié, los cuales estrechando mas y mas el círculo que media entre ellos y la cátedra, procuran todos observar á los amanuenses durante la operacion que va á seguir.

Toman estos la pluma en la mano, y con el rostro hácia el opositor, esperan que les hable.

Comienza dictando al primero una proposicion, se la repite, y pasa al segundo; dictale otra proposicion sobre distinta materia, y del mismo modo al tercero y al cuarto en diversas materias, y vuelve al primero, dictándole otra proposicion concerniente á su materia, y continúa así con los otros sin que ninguno le dé pie y le repita la proposicion que antes ha escrito.

Admiran todos la prodigiosa comprension con que tiene presentes las proposiciones que ha dictado, para continuar dictando congruentemente en cada materia, sin necesitar de que le repitan una proposicion, ni confundir los asuntos; de manera que después de pasar una hora en esta operacion, se leen los escritos y se hallan cuatro lecciones del todo diversas, y tan perfectas como si separadamente y con especial estudio se hubieran formado.

No pudiendo en este instante reprimir su emocion los concurrentes, victorean al opositor, tendiéndole los brazos para bajarle de la cátedra. El entusiasmo se comunica á los que se han quedado afuera, y por todas partes se oye esclamar al son de las campanas de la Universidad:—¡Viva el señor Naranjo! ¡viva el gran doctor y maestro! ¡Este hombre es extraordinario! ¡el hecho es milagroso! ¡No hay duda que Santo Tomás le decia lo que dictaba!

Así concluyó un acto con que el Illmo. Sr. Naranjo alcanzó una celebridad á que no aspiraba, pero que hizo famoso su nombre en toda la nacion y aun en España.

Era natural de Méjico. Estando sirviendo en la milicia espontáneamente y sin sueldo en el castillo de Ulúa y puerto de Veracruz, se pasó, con edificacion de sus camaradas y amigos, al

claustro de la religion de predicadores, donde en poco tiempo hizo en virtud y letras tan ventajosos progresos, que se constituyó oráculo de su provincia y asombro de la república literaria.

Fué siempre de vida muy ejemplar. El autor del Prólogo á las Constituciones de la Universidad, que es quien nos ministra estos datos, hablando de este varon esclarecido, agrega: "Sus ocupaciones continuas eran las distribuciones de su santa regla, la oracion y el estudio; y así, no solo sabia de memoria la Suma del doctor angélico, sino que estaba tan versado en todas sus obras, que á cualquiera especie que le propusiesen, respondia con palabras del santo doctor, citando fielmente el tomo y el lugar donde la trataba."

Era, sin embargo, de genio amable y festivo, procurando con esta dote velar la austeridad de su virtud y la copia de ciencia que acaudalaba. La siguiente anécdota viene en apoyo de nuestro aserto.

Años despues del acto de oposicion antes descrito, los dos colegiales teólogos que tenian del Sr. Naranjo el concepto que se merecia, y cuyo diálogo referimos, se volvieron á juntar en la Universidad, siendo ya doctores, con motivo de una funcion semejante.

—¿Haces memoria de una muy lucida oposicion á que asistimos cuando éramos estudiantes?

—¿Es por ventura la del Sr. Naranjo?

—La misma.

—¿Cómo no habia de acordarme de un acto que no ha tenido hasta ahora su igual, ni creo que llegue á tenerle! ¿Y qué me dices del buen anciano?

—Tan jovial como siempre: apesadumbrado porque ya no puede bailar el Puerto-Rico.

—¿Cómo es eso! no te entiendo.

—Ya verás como sí.

—Veamos.

—¿No ha llegado á tu noticia un sonecillo que llaman el Puerto-Rico?

—No tal.

—Pues sábetete que le hay, y muy alegre.

—Bien; ¿pero qué tieno que ver eso con el Sr. Naranjo?

—Mucho: ya te lo manifestaré. Dias pasados fuí á visitarle, y

con su afabilidad acostumbrada, estrechándome la mano, me dijo:—Amigo! tenemos obispado!

—No esperaba otra cosa, le respondí, ¿y cuál!

—El de Puerto-Rico.

—¿Oh, qué me place!

—No hay gran razon para ello, volvió á decir, y despues agregó sonriendo:

Me tocan el Puerto-Rico,

Ya que no puedo bailarlo.

En efecto, el buen fraile tenia motivos para no alegrarse de su promocion al obispado, siendo entre otros el que por los achaques consiguientes á su avanzada edad, no podia desempeñarle como hubiera querido. Pero en los citados versos aludia principalmente á lo poco que en su concepto le faltaba que vivir.

Su muerte, acaecida algun tiempo despues, vino á justificar la verdad del presentimiento.

Mas apartemos ya la vista del cuadro que presenta la existencia del convento en lo general, y fijemos la atencion en un hecho particular con ella enlazado tan íntimamente, que á primera vista parecen formar una misma entidad.

XIII.

LA PROCESION DE LA CRUZ VERDE.

Invitamos al curioso lector á que atravesese con nosotros el espacio lóbrego de los años pasados hasta llegar al de 1649. Es la tarde del 10 de Abril. Una colgadura de nubes de color aplomado como el de las cenizas volcánicas se estiende por la inmensa cúpula celeste, privándola de su azul diáfano y suave, y comunicándole un aspecto extraño y fatídico. El sol, que ya se